

IGLESIA Y POLITICA

El 14 de julio, ante "la proximidad de la jornada electoral de diciembre", los obispos venezolanos han dado a conocer sus consideraciones "en relación a la intervención de la Iglesia —Jerarquía y Laicado— en lo político". El título del documento es precisamente el muy ambicioso de "Iglesia y Política", lo que parece revelar un propósito de orientación global y profunda.

Yo quisiera intentar un examen desapasionado, hasta donde eso es posible, de esta Declaración. Entiendo que ella fue lanzada como un reto —en el sentido más positivo de la palabra— a la reflexión de los cristianos. Una discusión pública en torno a su contenido, realizada con honestidad y amor a la Iglesia, ayudará a aclarar las exigencias de nuestro compromiso de fe en la Venezuela actual. El fomento de ese diálogo y de esa reflexión, ¿no es un objetivo implícito en el documento? .

LA OBLIGACION DE RECORDAR

Para empezar, debo decir que el texto episcopal tiene la virtud de contribuir a prevenimos contra las ingenuidades. Una jornada electoral es siempre, por el auge propagandístico y la psicología un tanto "comercial" que la acompaña, oportunidad mas que propicia para que los slogans nos hagan ver espejismos. En momentos en que el tema "Cristianismo y Revolución" alcanza en nuestro medio una actualidad sin precedentes, y empieza a configurarse en la práctica alguna convergencia entre marxistas y cristianos, es interesante que el documento de los obispos nos recuerde, incluso con su sola presencia, las dificultades reales de ese acercamiento. Pocas cosas hay más lamentables que la candidez de suponer inexistente una complejidad real. Los intentos exploratorios de alianza política, por parte de grupos cristianos y movimientos marxistas, a pesar de todas las urgencias que nacen de la realidad del país, no pueden ser pasos en falso, saltos ilusorios sobre las divergencias de fondo, doctrinales e ideológicas, y sobre la experiencia histórica. Yo he asistido a varios foros y asambleas, en ocasiones multitudinarias, donde se debatían las necesidades de "la convergencia" y puedo decir que en algunos momentos era perceptible un clima de ficción colectiva, en el sentido de un optimismo fundado más en la emoción y en los olvidos que en la recta, lúcida comprensión de los valores en juego. La capacidad de olvido es muy saludable, siempre que ella nazca —los cristianos deberíamos conocer el significado de la palabra— del perdón (tanto el que damos como el que recibimos); pero cuando se trata más bien de una amnesia que abarca las dimensiones reales de las dos concepciones del hombre que ahora empiezan a encontrarse, y la práctica histórica de ambas, entonces no es sino una flagrante despreocupación por la verdad. Y desde San Pablo sabemos que es precisamente la verdad lo que hay que realizar: contra esa fórmula se estrellan todos los pragmatismos.

Hemos aprendido, es cierto, que el cristianismo y el marxismo no están en el mismo nivel de explicación del mundo. Ya regresamos —a pesar de los consabidos rezagos— de aquella hora en la que éramos invitados a elegir, como si se tratara del mismo orden, entre el Evangelio y "El Capital". Pero es innegable que subsisten graves desacuerdos, nacidos, no de la mitología en torno a "la Cruz de la civilización cristiana" contrapuesta a la Hoz y el Martillo, sino de la atenta percepción de todo lo que implican nuestras respectivas convicciones. Lo cual no

quiere decir que debemos quedarnos atascados en los desacuerdos, frente a la situación reclamante de Venezuela, sino sencillamente que es preciso ver con lucidez y actuar con lealtad.

En esta línea, me parece legítimo, en principio, que los obispos expresen sus reservas ante el marxismo, entendido como interpretación global del ser humano y de la historia; y, también, ante el facilismo de aquellos que creen poder separar con un simple cambio de claves el análisis de la ideología, totalmente considerada. Se pueden hacer críticas, más o menos radicales, a la filosofía y a la teología implícitas en las consideraciones episcopales (1); pero ese no es el camino correcto de colocarse frente a ellas, según creo. Los obispos se apoyan, y es esencialmente válido y justo que lo hagan, en lo que constituye el fruto de la reflexión de un parte trascendental de la Iglesia: el repudio que el Magisterio ha manifestado tradicionalmente ante el marxismo. Es claro que ese repudio está hoy mucho más matizado que en tiempos de la "Rerum Novarum" o de la "Divini Illius Magistri" Juan XXIII y Pablo VI han reinterpretado aquellas taxativas afirmaciones de León XIII y Pío XI contra el socialismo marxista, ubicándolas en un contexto mucho más abierto y móvil. No obstante, permanece en los documentos pontificios una postura crítica frente a lo que en ellos se llama la "ideología marxista". (2):

La "Octogésima Adveniens", que es el texto papal citado por nuestros obispos en su Declaración, aunque revela una gran amplitud sobre las opciones socialistas, y quiere sólo invitar a una reflexión desmitificadora en relación con ellas, sí contiene, en cambio, una alerta grave ante los "sistemas ideológicos que se oponen radicalmente o en puntos sustanciales a la fe y a su concepción del hombre". Y cita expresamente, como ejemplos a las ideologías marxista y liberal.

Ningún católico negará la validez, por lo menos en primera instancia, de esta apoyatura doctrinal para una declaración episcopal. El aporte específico de un obispo es el de un carisma de discernimiento religioso. Discernimiento que, en una Iglesia donde es primordial "pensar y sentir en el corazón de todos", comienza por abrirse a la experiencia magisterial acumulada por la comunidad a lo largo del tiempo. De esa experiencia magisterial brota, realmente aunque con todas las muy importantes matizaciones del caso, una grave reserva hacia el marxismo que en nuestros obispos, a la hora de orientar, tienen la exigencia natural de recoger.

LA FIDELIDAD NO ES REPETICION

Sin embargo, la verdad no está colocada en los documentos pontificios a la manera del cereal en el granero; allí la iríamos a encontrar, almacenada, ante cada circunstancia difícil de nuestra época. La verdad es sencillamente menos cómoda. Absolutamente nada nos exime de la obligación —es en realidad una necesidad— de interpretar correctamente la situación en la que nos encontramos, configurada por datos de toda índole —políticos, sociales, culturales, etc.— para la explicación de los cuales los documentos pontificios lógicamente no nos aportan claves, porque ellos se mueven en otro plano. Una lectura indiscriminada e inmovilista de los textos papales, y del Magisterio todo, les presta un flaco servicio, porque ignora el intrínseco dinamismo de la verdad a la cual esos mismos textos quieren servir. Los Papas son los primeros que han reinterpretado a la luz del movimiento histórico el legado doctrinal que recibieron de sus predecesores: allí están la *"Mater et Magistra"* y la *"Populorum Progressio"* para atestiguarlo.

En la Declaración *"Iglesia y Política"* del Episcopado nacional hay como una peligrosa voluntad de repetición de fórmulas pontificias, válidas en sí mismas, pero que reclaman imperiosamente actualización *de frente a la realidad del país*. Entendemos que ése, precisamente, es uno de los papeles del obispo.

El Papa, cuando habla como tal, tiene a la fuerza que hacerlo en un grado relativamente alto de abstracción: se dirige a todas las Iglesias, repartidas en un mundo ancho, múltiple, diversificado. El obispo, dirigente espiritual de una comunidad perfectamente circunscrita y específica, no puede aspirar a dirigirse a sus hermanos con el mismo lenguaje del Papa. Porque él tiene la responsabilidad intrasferible de orientar *aquí y ahora*, de una manera lo suficientemente concreta como para que la capacidad clarificadora del Evangelio no sea menospreciada. Interpretar realmente la situación del país, de acuerdo al mensaje evangélico y a la mejor tradición de la Iglesia, es una labor bastante más exigente que la de repetir lo dicho por el Papa a todo el orbe.

Los obispos citan expresamente a la *"Octogésima Adveniens"*. Pues bien; cualquiera que haya leído esa carta apostólica sabe que uno de sus aportes más específicos, dentro de la historia doctrinal de la Iglesia, es el de presentarse a la conciencia cristiana como un simple material de trabajo; es decir, hay en ella un conjunto de reflexiones, claras y directas, sí, pero abiertas a la discernida aplicación de los cristianos, ubicados en cada circunstancia social. Ese texto es una auténtica invitación al examen particular de cada circunstancia concreta.

En un país capitalista y dependiente, en una situación electoral bien determinada, dentro de la cual se presentan como opciones políticas no sólo ciertos proyectos marxistas, sino también programas capitalistas perfectamente reconocibles —que aspiran a perpetuar, en líneas generales, la organización social existente—, nuestros obispos estaban obligados a ser bastante más precisos. Las clasificaciones abstractas, aparte de que no pueden pretender ostentar peso específico e influencia, son, en el interior mismo de nuestra circunstancia —como de cualquier otra— profundamente simplista. Se bautiza con etiquetas genéricas lo que exige un examen más atento y una definición más exacta (¡y concreta!).

La definición que tenemos el derecho —y el deber— de pedir a nuestros obispos no se refiere tanto al marxismo o al capitalismo *"per se"*, sino tal como se presentan en las circunstancias de Venezuela. De lo contrario las palabras están desnudas de auténtico poder crítico, y se convierten en formulaciones apriorísticas, muy cercanas al dogmatismo injustificado.

Lo que posibilita la aclaración de las cosas es siempre el aterrizaje en diagnósticos por lo menos tan concretos como estos: por un lado, ¿donde, entre los proyectos y procedimientos socialistas del país, se revelan el *"materialismo ateo"*, *"la dialéctica de la violencia"* y la *"manera de entender la libertad individual dentro de la colectividad"* que el Papa condena en la *"Octogésima Adveniens"*? Y por otro lado, ¿qué indicios venezolanos hay de esas *"visiones puramente tecnocráticas"*, de esa ideología *"que estimula la búsqueda exclusiva del tener y el poder"* y *"que considera las solidaridades sociales como consecuencias más o menos automáticas de iniciativas individuales"*?

Es el examen ineludible de estas cuestiones, y no el mero principismo abstracto, lo que nos permite detectar cómo, en el caso específico de nuestra sociedad, se aplican los criterios evangélicos y los emanados de la reflexión de la Iglesia. Si no es así, se corren dos riesgos: primero, que en el marco amplísimo de las generalidades muy pocos se sientan señalados; y segundo, que cualquier cristiano juzgue con pleno derecho que lo dicho por los obispos está bien, pero se aplica a otras realidades; y en consecuencia se lo puede desconocer prácticamente.

Sabemos que una Declaración Episcopal, aparte de que no es un estudio técnico, debe ser respetuosamente de un cierto pluralismo de opciones entre los cristianos. Sin embargo, ya que en ella se quiere establecer la incompatibilidad de ciertas doctrinas y prácticas con el Evangelio; y ya que vivimos en medio de un mundo de slogans y clichés prefabricados, utilizados por todo tipo de intereses, resulta indispensable precisar el alcance de esas definiciones. Ya Juan XXIII puntualizaba —reaccionando contra el enclaustramiento de la Iglesia en un etiquetismo olímpico—: *"...es también completamente necesario distinguir entre las teorías filosóficas falsas sobre la naturaleza, el origen, el fin del mundo y el hombre y las corrientes de carácter económico y social, cultural y político, aunque tales corrientes tengan su origen e impulso en tales teorías filosóficas. Porque una doctrina, cuando ha sido elaborada y definida, ya no cambia. Por el contrario, las corrientes referidas, al desenvolverse en medio de condiciones mudables, se hallan sujetas por fuerza a una continua mudanza. Por lo demás, ¿quién puede negar que, en la medida en que tales corrientes se ajusten a los dictados de la recta razón y reflejen fielmente las justas aspiraciones del hombre, puedan tener elementos moralmente positivos dignos de aprobación?"* (3).

Y es que se trata de evitar un simplismo generalizador que dictamina sobre el papel, sin juzgar las perspectivas dinámicas de la realidad concreta. O, peor aún, un formulismo que paga excesivo tributo a los lugares comunes. Todo ello ha sido superado, por ejemplo, en los más recientes documentos episcopales de Francia y Chile, países en los cuales la vía socialista se ha presentado con un enorme poder electoral. Esos documentos han supuesto, desde luego, un gran esfuerzo de reflexión y de consulta —lo cual entraña, a su vez, poner a la Iglesia en estado de discernimiento, promover efectivamente la revisión y el diálogo vivo dentro de ella—.

UNA REVISION POLITICAMENTE EQUIVOCADA

Lo que llevamos dicho intenta mostrar que la Declaración *"Iglesia y Política"*, muy a pesar de sus sanos antídotos contra el olvido, se revela como un texto apegado a la letra del último documento papal y, por eso mismo, esquemático, simplista dentro de nuestra situación nacional.

Ahora bien; es preciso decir que si bien en un sentido —el que venimos de examinar— la Declaración se limita a repetir las directrices, forzosamente generales, de la *"Octogésima Adveniens"*, con lo cual no se ha intentado el esfuerzo de examinar

realmente al país, en otro sentido, sin embargo, hay en este documento atisbos de una cierta concepción del país. Quiero decir que parece desprenderse del texto una suerte de idea del país, no como fruto explícito de una auténtica tentativa de interpretación, sino más bien como una imagen implícita.

Los sectores más diversos de la Opinión Pública, ilustrados por los titulares de Prensa, han retenido la impresión de que la Declaración es en el fondo una toma de posición contra el socialismo venezolano en avance protagonizada por los movimientos en torno a las candidaturas de José Vicente Rangel y Jesús A. Paz Galarraga (sobre todo la primera). Ningún capitalista —empezando por aquellos que actúan abiertamente en política y proponen programas desarrollistas— se han creído en la necesidad de responder a la Declaración, como sí lo han hecho los dirigentes socialistas, acosados por las preguntas de los reporteros. ¿No es necesario preguntarse la causa de esta aparente lectura unilateral del documento?

Voceros del Episcopado han expresado varias veces cierta perplejidad ante la idea que la Opinión se ha hecho de "Iglesia y Política. Pero ¿cómo negar que es el mismo texto el que proporciona el material para la elaboración de esa idea? Dentro de la abstracción general en que se mueven todas las consideraciones episcopales, las críticas al socialismo venezolano son mucho más precisas —concretas— que aquellas dirigidas contra el capitalismo. Se habla de una "sutil infiltración marxista que se viene operando en los últimos tiempos, disfrazada con el ambiguo término de socialismo", y se exhorta —"especialmente a los jóvenes"— a "no dejarse seducir por el socialismo marxista": ¿qué venezolano, medianamente enterado del acontecer político nacional no verá aquí una alusión al Movimiento al Socialismo, cuya adhesión juvenil señalan como importante todas las encuestas? Al lado de estas sugerencias, que no pueden ser más directas, no hay en la Declaración una sola mención, que pueda compararse a éstas en fuerza, sobre los avances y las "infiltraciones" capitalistas, como el desarrollismo, por ejemplo. A pesar de que la circunstancia de vivir en un país capitalista hace pensar al más lerdo que son precisamente las tendencias de perpetuación del status lo verdaderamente amenazante.

En esta esfera los obispos se limitan a condenar los "asfixiantes esquemas de una sociedad de consumo", el "desarrollo fundado en la competencia del lucro y orientado a un desaforado y escueto tener más" y otras vaguedades por el estilo, en las que la misma adjetivación es un tanto hiperbólica. Con esas imprecisiones —que contrastan, como se ha dicho, con las alusiones claras al socialismo— no resulta extraño que los capitalistas se hayan dado el lujo de no darse por enterados. Y, si, como complemento, el proyecto de sociedad que parece aprobarse va simplemente en la línea de "un recto intervencionismo del Estado" y de "una sociedad de mayor igualdad y participación", es lógico que hasta Pedro Tinoco haya respirado con alivio: ¿quién en este país, que no sea un loco, no habla de "un recto intervencionismo del Estado"?

Parece claro, entonces, que la Opinión Pública no se ha equivocado del todo al ver al documento —juizado (¡claro!) dentro del cuadro político venezolano— como la expresión de esta visión de las cosas: el verdadero peligro, aquel que hay que enfrentar, lo representan las posiciones socialistas. Y todo el poder de influencia que puede quedarle a la Iglesia se moviliza en esa dirección. En el seno del capitalismo, que busca y buscará perpetuarse por todos los medios a su alcance, los obispos centran su grito de alerta en los proyectos del socialismo, condenado con lentes enormes apriorísticos y generales.

Y sencillamente porque es inevitable que el texto sea leído en las coordenadas actuales del marco político, la potente

imagen anterior de la Declaración engullirá a esas pálidas exhortaciones a una "búsqueda y establecimiento de aquellas formas sociales que hagan de la sociedad una verdadera comunidad humana": nada podrá impedir que hasta los más declarados capitalistas consideren que ellos buscan, y antes que nadie, esas "formas sociales". Al fin y al cabo, ¿es posible que alguien no desee estructuras sociales "que aseguren una mayor producción, pero también una mayor justicia e igualdad; que atiendan a las necesidades materiales, pero estén abiertas también a las exigencias del espíritu"? (4).

Es así como estas consideraciones, elaboradas en principio dentro de una voluntad de fidelidad a las directrices del Papa (anti-capitalistas, según entendemos), se convierte en una Declaración pública de la Iglesia objetivamente al servicio del capitalismo.

Yo quiero creer, porque escribo estas líneas con respeto filial por nuestros obispos, que ese error gigantesco y doloroso se debe a una equivocación de enfoque, a una falsa panorámica del cuadro político —nacidas de un nervioso y tímido, aunque bien intencionado, intento de salvar a la comunidad cristiana del error—, y no el producto de la alianza innegable, a nivel institucional, entre la Iglesia —cierta Iglesia— y el Capitalismo. Todo lo cual no me lleva a expresar, como dicen algunos con un aire casi irritante de simpleza —y en el fondo de deslealtad hacia algo que nunca sintieron como propio—, que es preciso "ignorar" a los obispos. La fe y el amor puestos en la Iglesia de Jesucristo son bastante más difíciles: precisamente porque son fe y amor.

Armando Rojas Guardia

NOTAS

(1) Por ejemplo: a la altura histórica en que nos encontramos, que nos capacita para examinar mejor la naturaleza de ciertas ideas, ¿hasta qué punto el materialismo marxista puede ser entendido como anti-espiritualista, y no más bien como simplemente anti-idealista?

E igualmente: ¿hasta qué punto el calificativo de ateo puede ser colocado sin discernimiento?

(2) Se entiende allí por "ideología" una concepción universal de la realidad, o de sus aspectos básicos, a partir de datos puramente intramundanos (Rahner). Es claro entonces que si el cristianismo es esencialmente la revelación de Dios —el Ministerio absoluto, radicalmente— otro, que estando presente en la vida del mundo, lo supera, sin embargo, trascendiéndolo— ninguna ideología puede abarcar o expresar, con total adecuación, el mensaje cristiano. El cristiano pasa-por, pero supera —~~atravesándolos~~— todo contenido humano, toda formulación, toda ideología, al caminar hacia lo que no puede ser expresado.

(3) "Pacem in Terris", no. 159

(4) Hay, incluso, en el documento, un mandato, dirigido a los sacerdotes, "de apartarse" de los grupos "de inspiración marxista", puestos en el mismo plano que aquellos "ilegales y violentos". Si bien esa orden tiene la intención muy sana de preservar el carácter específico del sacerdocio ministerial en relación a lo político, sin embargo, en el contexto de toda la Declaración, puede entenderse —y de hecho se entenderá así— que se bloquea el diálogo entre marxistas y cristianos. Lo que, en la situación del país, es también contribuir al acaparamiento de la Iglesia por parte de las perspectivas capitalistas. En el fondo, se ha caído en la vieja trampa —la eterna córtada con la cual el capitalismo nos ha amordazado— del anticomunismo.